

La sorprendente importancia de las asignaturas *marías* en tiempos del coronavirus

Durante estos meses de confinamiento han cobrado verdadera importancia las cosas que no *hacíamos* habitualmente: leer, emparejar calcetines, cocinar tranquilamente dos veces al día, tener conversaciones largas o pensar (esto último, seamos sinceras, lo hacemos muy poco). En el terreno de la educación, tenemos muy claro cuáles son las cosas que no hacemos (y que nos ha tocado hacerlas en nuestras casas): las asignaturas *marías* (por qué estas asignaturas se denominan con un nombre femenino es un tema que merece ser analizado en otro momento), porque, como bien sabemos, las matemáticas, la lengua española, la física y la química las *hacemos* todos los días.

Las *marías* (música, educación física y educación plástica y visual) no representan, como dijo el exministro Wert, diferentes categorías de conocimiento que *distraen* de las asignaturas verdaderamente importantes, aquellas a las que debemos prestar atención (y que, por cierto, a mí me parecen tan imprescindibles como las *marías*).

Las profesionales que imparten las asignaturas *marías* en las escuelas (mayoritariamente mujeres, cuyo trabajo está infravalorado y, por lo tanto, muy mal pagado) son, casi todas, profesoras invisibles, hasta que un acontecimiento inusual (la obra de teatro de turno, el mural de la primavera, la decoración de Navidad o, en su variante de más rabiosa actualidad, el coronavirus) hace que se sientan en el centro de la estructura educativa por un día.

La irrelevancia de la noción de asignatura *maría* se prolonga desde la periferia de la escuela hacia un lugar donde, al final, se desarrolla el verdadero peso de la educación artística en nuestro país: las actividades extraescolares. Aquí, la propia noción de conocimiento *extraescolar* nos sitúa al margen del conocimiento verdaderamente importante, que, por supuesto, no es *extra*, sino *básico*.

La educación artística que venimos defendiendo desde hace años no es, en absoluto, la que se está defendiendo en los diferentes *posts* y memes que circulan actualmente en la red. Las asignaturas englobadas dentro de lo que llamamos *educación artística* (ya sea musical, plástica o corporal, y que entendemos como los procesos de aprendizaje en torno a las artes sonoras y visuales, las artes vivas y, por supuesto, la cultura visual, que siempre se olvida) nos parecen fundamentales (tanto como las otras, que quede claro), porque configuran un cuerpo de conocimientos necesario para alcanzar bienestar en el mundo que nos ha tocado vivir.

En esta otra forma de entender las asignaturas *marías* reivindicamos que, para empezar, **la educación artística no es ningún pasatiempo**. Un *pasatiempo* («Actividad de diversión o entretenimiento en que se ocupa un rato de ocio») implica una actividad corta, de fácil ejecución técnica, en la que muchas personas no se plantean algo esencial: para qué realizamos dicha actividad.

Segunda cuestión: **la educación artística no es divertida**. Cuando cuestionamos la realidad que nos rodea analizando los contenidos sonoros, visuales o performativos que nos construyen, descubrimos y aprendemos cosas que no nos gustan, pero que son necesarias para avanzar en la vida, como las relacionadas con el cambio climático o las desigualdades de género, raza y clase. Tanto la cultura visual en su discurso explícito como las prácticas artísticas contemporáneas en su discurso implícito nos invitan a pensar sobre estos temas *incómodos*.

Y tercera cuestión: **la educación artística no es bonita**. Cuando las narrativas artísticas se abordan desde el pensamiento crítico y complejo, nuestra idea de belleza se transforma: pasamos de la belleza formal a la belleza por el significado. Las estéticas contemporáneas que reconocemos como válidas en muchos productos (pensemos en los vídeos que tanto les gustan a nuestros hijos e hijas) desaparecen cuando decidimos que *estamos haciendo arte*, porque el peso del imaginario de una estética de siglos pasados (por ejemplo, la de los impresionistas franceses) nos atrapa. En un mundo en el que las redes sociales, las series y, en definitiva, las imágenes que construyen ambas estructuras generan un entramado de nociones que nos configuran, nos desesperan y nos hieren, la educación artística no puede ser glorificada desde una percepción caduca que pertenece a otro periodo histórico.

La educación artística no consiste en aprender a tocar la flauta dulce (ya sea en casa, en la escuela o en el museo); no consiste en hacer un conejo con el rollo que sobra del papel higiénico ni en hacer media hora de yoga: **la educación artística es un proceso complejo que impulsa el pensamiento crítico para que seamos capaces de analizar conscientemente la información que nos rodea y podamos ser ciudadanos y ciudadanas libres en nuestros pensamientos y nuestras decisiones.**

Por favor, no hagamos más talleres de conejos, ni collares de macarrones ni ceniceros para el Día del Padre. En lugar de ello, podemos reflexionar sobre por qué pensamos que hacer arte consiste en esto y, sobre todo, para qué realizamos estas actividades. Sentaos a ver una peli y analizad la estructura clasista que sostiene el guion; analizad las letras de las canciones que escuchan una y otra vez vuestros hijos e hijas en Tik Tok o las narrativas corporales profundamente machistas (o no) de los vídeos *mainstream* que comparten.

En este momento en el que el confinamiento nos obliga a los progenitores a ejercer de profesores y a comprobar en nuestras propias carnes las contradicciones que entrañan las tareas docentes, sería interesante no reproducir en nuestras casas las desigualdades jerárquicas de la escuela ni la banalización de conocimientos tan importantes como los relacionados con las artes.